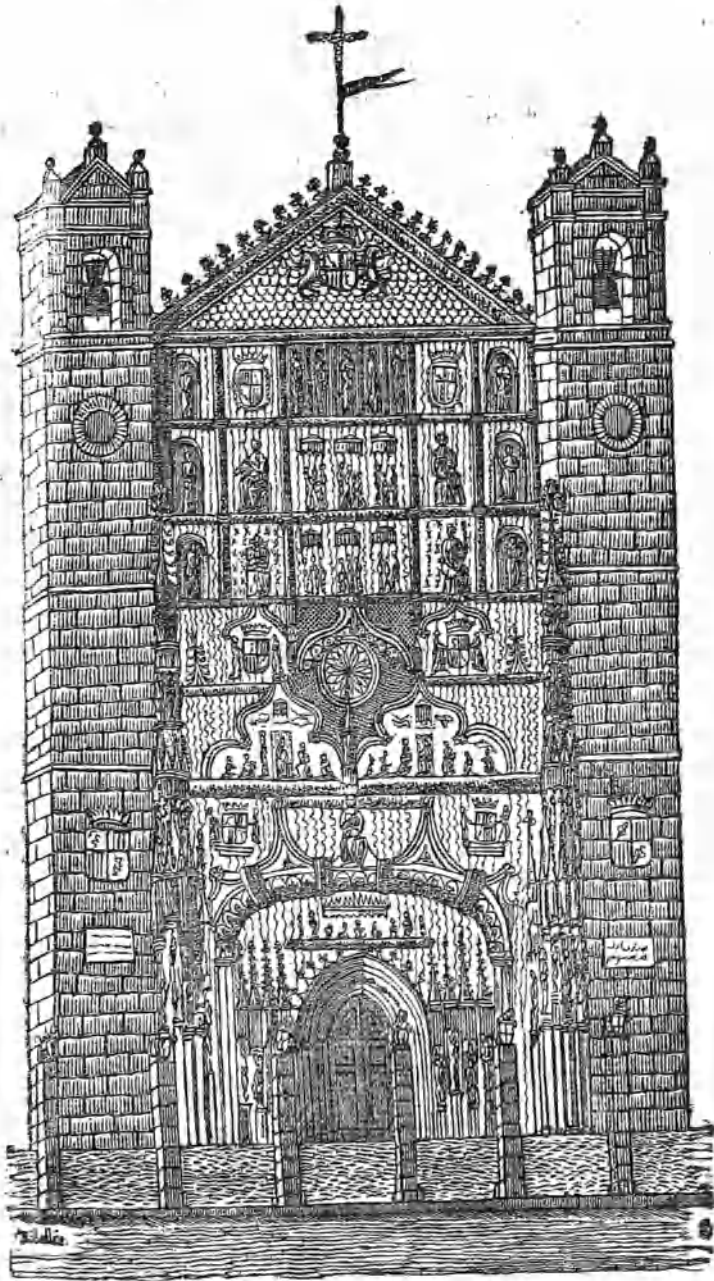


## ESPAÑA PINTORESCA.



(Portada de San Pablo en Valladolid.)

### VALLADOLID.

#### ARTICULO SEGUNDO.

La catedral de Valladolid, de que ya hemos hablado, es verdaderamente en su incompleta estructura una obra de aspecto severo y religioso. La solemne pompa del culto con que en un tiempo tributaba su veneración santa al Omnipotente ha desaparecido; la riqueza y el

AÑO VII.

aparato de los oficios divinos ha declinado notablemente, como en todas las iglesias de nuestra España, y solo conserva con la magestad sombra de sus formas los recuerdos venerables de su antigüedad. Su portada principal tiene cuatro columnas pareadas de orden dórico, es de sesenta pies de altura, y en los intercolumnios se ven las estatuas de S. Pedro y de S. Pablo. Comprende este cuerpo un arco de veinte y cuatro pies de

18 de setiembre de 1852.

cho y doble altura, y entre su clave y la puerta se vé de escultura la asuncion de la Virgen. Tenia esta catedral una torre al lado derecho de su fachada, adornada en el primer cuerpo de basamentos, pilastras y faja y en el segundo de la correspondiente decoración y las armas reales. En el tercer cuerpo habia cuatro grandes ventanas en arco, y terminaba en un audito con antepechos, pedestales, balaustrados y bolas. Despues se elevaba un cuerpo octógono, donde estaban las campanas, al que seguía cúpula con linterna y relój, y obelisco para cruz. Esta torre es la que recientemente se ha hundido.

El templo en lo interior es de tres naves, y forma una especie de cuadrilongo de mas de cuatrocientos pies de largo y doscientos y tantos de ancho. Su arquitectura es de orden corintio con pilastras resaltadas primorosamente en los pilares de las naves, y estos sostienen, aunque no en completo número, los arcos y las bóvedas de la techumbre del edificio.

El que visite detenidamente la catedral de Valladolid no podrá menos de hallar objetos nuevos y curiosos hasta en sus mas lejanos departamentos, ya por el mérito artístico de su construcción, ya por su antigua procedencia y su origen. Los retablos de los altares ademas de ese viso opaco y venerable que les ha impreso el tiempo, tienen algunos de ellos armonía en el colorido y correccion en su desempeño, y los cuadros que se ven en la sacristia, pintados al estilo de Lucas Jordán, han fijado por lo comun la atencion de los inteligentes.

Las alhajas de oro y plata que tenía esta iglesia hace algunos años para el servicio y los usos del culto (que no sabemos si en la actualidad se conservan en igual número y estado) se solian enseñar en la sacristia á los viajeros que solicitaban verlas, sobresaliendo por su mérito especial entre todas ellas la custodia de plata trabajada por Juan de Arfe, en el año 1590, y que reúne á su esquisito y primoroso trabajo la circunstancia de hermanarse en gran manera con la arquitectura del templo.

El coro á pesar de la severa crítica con que ha sido examinado por algunos escritores, nosotros le hemos hallado si no completamente bueno respecto su colocacion y estructura artística, digno al menos de respeto y atencion por las prolijas y escrupulosas labores de su sillería y el goticismo de sus formas, todo lo cual revela una antigüedad extrema.

En una capilla que hay en la nave del evangelio tuvimos ocasion de ver el sepulcro del conde D. Pedro Ansurez, Señor que fué de Valladolid. La obra de este mausoleo consiste en una urna de piedra con una estatua echada encima, sin mas adornos ni priores del arte, que los que la edad en que se construyó permitia. Al lado de este sepulcro y escritos sobre unas tablas se leian unos versos que en loor del célebre conde se compusieron, y que no creo que llevará á mal el lector que los copie en este artículo. Los versos dicen así:

*A la derecha.*

Aquí yace sepultado  
un conde digno de fama,  
un varon muy señalado,  
leal, valiente, esforzado,  
Don Pedro Ansurez se llama:  
el cual sacó de Toledo  
de poder del rey tirano  
al rey que con gran denuedo

tuvo siempre el brazo quedo  
al horadarle la mano (1).  
La vida de los pasados  
reprehende á los presentes,  
ya tales somos tornados,  
que el mentar los enterrados  
es ultraje á los presentes.  
Por que la fama del bueno  
lastima por donde vuela,  
al bueno con la espuela,  
y al perverso con el freno.

*A la izquierda.*

Este gran conde excelente  
hizo la iglesia mayor,  
y dotola largamente:  
el Antigua, y la gran puente,  
que son obras de valor:  
San Nicolás, y otras tales,  
que son obras bien reales,  
segun por ellas se prueba;  
dejó el hospital de Esgueva  
con otros dos hospitales.  
Por esta causa he querido  
que pregone esta escritura  
lo que nos está escondido,  
ya casi puesto en olvido,  
dentro de esta sepultura;  
porque en este claro espejo  
veamos cuanta mancilla  
ahora tiene Castilla  
segun lo del tiempo viejo.

El convento que era de dominicos, y que se titula de San Pablo, es uno de los monumentos mas distinguidos del arte que conserva Valladolid: lo mas notable que hay en este edificio es la primorosa y complicada decoración de su portada (2). dice D. Antonio Ponz en su viaje de España, hablando de este convento «*El ornato de su portada es menester verlo para ercer que pueda haber hombres con paciencia de acabar tales empresas*» y efectivamente es admirable la minuciosidad extrema de la obra, y mas admirable aun el que tan esquisito y caprichoso trabajo se halle en armonía con el vigor de los principios y la ley del buen gusto, como sucede; á pesar de cuanto quieran decir aquellas criticos-severos que no aprecian otra cosa que la rigidez clásica del arte, y afectan despreciar todo lo que no sea Vitruvio y Paladio.

Hizo la fundacion de este monasterio la reina Doña María, esposa del rey D. Sancho el Bravo, edificándolo donde actualmente se halla en el año 1286. Despues en el de 1481 el confesor de los reyes católicos que se encontraba en este convento, Fray Tomas de Torquemada, verificó varias obras en la iglesia, entre ellas el retablo mayor, y por el mismo tiempo Juan Alonso de Burgos, obispo de Córdoba y Cuenca, compuso el coro, y realizó otras muchas mejoras.

Posteriormente se hicieron algunas innovaciones ventajosas en este monasterio debidas á los monarcas españoles, á la proteccion eficaz y sincera de D. Francisco de Rojas y Sandoval, duque de Lerma y privado del rey

(1) Llamósele al rey D. Alfonso el VI, el de la mano horadada, por ser manivato y de grande liberalidad.

(2) Véase la lámina al frente del artículo.

D. Felipe III y de otros varios señores de la corte, que dedicaban generosamente sus riquezas al mayor lustre de a religión y al noble estímulo y adelanto de las artes, que por estos medios se ejercitaban.

El interior de este magestuoso templo es en su arquitectura de orden gótico; conserva varios retablos de bastante mérito; tiene en la sacristía una colección de retratos de los papas, igual á la que existe en la iglesia de San Pedro, extramuros de Roma, y la sillería del coro admirablemente trabajada en buena madera de nogal, ébano y cedro, y tenida por obra de Herrera es el objeto de la más escrupulosa atención de cuantos sujetos inteligentes visitan aquel recinto.

Entre las obras que tuvimos ocasión de admirar al recorrer los monumentos antiguos y curiosos de esta ciudad, las que principalmente nos sorprendieron y admiraron fueron las de escultura del castellano Gregorio Hernandez, eminente artista y no tan celebrado como merecían los testimonios que dejó de su habilidad y talentos. En otro artículo nos haremos cargo del mérito particular de este escultor distinguido, y procuraremos entrar en pormenores acerca de sus muchas y variadas obras, que en el día se conservan en el Museo Vallisoletano, establecido en el edificio del colegio mayor de Santa Cruz, y formado con las preciosas y dispersas reliquias que se reunieron de los conventos suprimidos.

La biblioteca que igualmente se halla en este mismo local es numerosa y magnífica, y digna que también nos ocupe entoncez.

El hablar detenidamente de las curiosidades artísticas que conserva Valladolid en su seno sería empresa mas estensa de la que nuestras ocupaciones y los estrechos límites de un periódico permiten; pero podemos asegurar que en este pueblo venerable y antiquísimo cada objeto tiene un recuerdo y cada piedra una historia. Los grandiosos templos que se erijieron al culto de Dios aun blasonan en medio de la general destrucción que los demuele y concluye, de aquella gala y aquel brío que siempre los distinguiera, y los ruinosos y mezquinos fragmentos que los rodean hazinados como escombros aun son buscados por los hombres verdaderamente ilustrados, por los hombres verdaderamente liberales y españoles que amantes de su patria y de su gloria se enorgullecen y engríen al escuchar los nombres de Pelayo, del Cid, de Pizarro y Gonzalo de Córdoba. Ya en otros números de este periódico nos hemos lamentado de la fatal indiferencia con que las personas que pudieran remediarlo miran esas obras monumentales, esas obras donde están consignados los recuerdos y los laureles de nuestro país y las bellezas mas esquisitas de las artes. Parece imposible que en una época donde el vértigo reinante y dominador es el de la ilustración, en donde se proclama como principio el dominio absoluto de la virtud y de las ideas, en donde se quiere perpetuar la memoria de los hechos y de los hombres modernos con aniversarios y lápidas, y en donde por el deseo de la pública utilidad y del progreso anhelado se invita en todo á las naciones que se consideran mas adelantadas, imposible parece, repetimos, que en estos días donde tal sucede se escarnezca y ultraje al mismo tiempo la verdadera ilustración, se haga ceder el prestigio del pensamiento y de la moral ante las exigencias materiales y egoístas de la ignorancia ó de la ambición, se desdeñen culpablemente los monumentos y los héroes de otros siglos, y sigamos en este punto un sistema tan diverso al que tienen las naciones á quienes imitamos. Esto parecerá incomprendible pero es cierto y nosotros no podemos explicar de un modo concluyente esta contradic-

cion funesta. Quizá consista todo en que estamos en unos tiempos de transición, de contrariedades y anomalías, de los cuales se desprende naturalmente este desorden de la inteligencia, ó acaso en que, sin aquella causa, es un prurito falaz y ridículo en la actualidad el saber de la política y las pretensiones de la filosofía.

JUAN GUILLEN BUZARAN.

## GOSTUMBRES ANDALUZAS.

### UNA ROMERÍA A LA VIRGEN DE LA SIERRA.

#### I.

Los que en nuestros días rebuscan añejas usanzas y algunas viejas costumbres que respetó el tiempo en los rincones de esta pobre España, así conmovida de huracanes, y barrida por las tempestades políticas y sociales de cuarenta años atrás, parecen á aquellos anticuarios testarudos y pertinaces, que con el lapiz en la derecha y el catalejo en la izquierda pasan los meses contemplando la carecómica superficie de algun monumento de los pasados siglos, á trueque de hallar un par de dudosos caracteres, que trasmitidos á la generación presente, ofrezcan al historiador y al geógrafo nueva luz sobre desconocidos puntos, ó aclaren las dudas y escrúpulos del escritor contemporáneo. Pero sucede á veces en uno y otro caso, que quien melon busca, halla calabaza; es decir, que el objeto de tantos afanes y vigiliat no pasa de ser un accidente trivial, un hecho cualquiera, puesto al alcance del mas rudo, al cual se da importancia sin merecerla, y se repite y comenta sin embargo con la mejor fé del mundo, creyendo hacer en ello un servicio importante á las letras y á las ciencias.

Semejante observacion no basta, con todo, á descargar nuestra conciencia respecto al primer extremo, que atañe á los usos populares; porque de ellos se saca algun provecho, y porque al paso que vamos *desentendándonos* y *civilizándonos*, dentro de poco, si nos descuidamos, no ha de quedar, loado sea Dios, en esta asenderada, traída y llevada patria del Cid, que llaman Castilla, ciudad ó aldea, valle ni monte, á quien no alcancen las *benéficos* efectos del siglo presente, consecuencias legítimas y genuinas del anterior. No, sino, aguarden vuestras mercedes un tantico por vida mia, y váyanse despues por esos mundos á caza de consejas y de tradiciones, en busca de trajes provinciales y otras niñerías de este jaez; y así les responderán, y les satisfarán su deseo, como por los cerrós de Ubeda. Porque á nosotros está sin duda concedido de lo alto, (y no hagan cuenta de la profecía) el ver desaparecer uno tras otro, así el *calañés* de Triana, como el gorro catalán, la boina vascongada, como el pañuelo de Valencia; y la cónica montera del labrador manchego; y la estendida del mozo asturiano; y el sombrero enorme del molletudo aragonés: con todos sus adherentes y accesorios, ribetes y filitias.



Y antes que esto suceda, libremos del incendio, como el héroe de Troya, los penates; puesto que, por barato que el género parezca, día llegará en que se venda caro, y hacinado entonces y revuelto lo bueno con lo malo, podrá el curioso escoger, como entre peras, aquello que mas le cuadre.

Hechas estas salvedades que juzgamos precisas á fuer de cristianos y concienzudos narradores, (aunque indignos) hemos de referir al lector, si no lo ha por enojo, una de aquellas romerías, que dedica á la Virgen el pueblo andaluz desde los mas remotos tiempos. En estos que alcanzamos, si bien la costumbre conserva aun el sello de su originalidad primitiva, ha perdido no obstante mucho de su pasado esplendor, y por lo tanto será mas acertado tomar el punto de vista hacia los principios del siglo actual.

En lo mas florido y risueño del hermoso reino de Córdoba, y á una legua escusa de cierta poblacion, cuyo nombre no quiero recordar, se levanta una áspera montaña, desde la cual, como desde las moriscas atalayas, se descubre un vistoso panorama, que abraza gran parte de la campiña, sembrada de villas y ciudades, cubierta de riquísimos viñedos é inmensos olivares, y surcada á trechos por diferentes rios y arroyos, cuyas márgenes pueblan frondosas alamedas, numerosas huertas y vistosos caseríos, salpicados aquí y allí, que realzan por extremo este paisaje encantador, rematando todo él en las sombrías crestas de Sierra Morena. Sobre aquella montaña, y en una especie de esplanada que forma su cima, edificaron nuestros mayores un antiquísimo templo, cuyo origen se esconde en la noche de lo pasado, por mas que las restauraciones posteriores hayan concluido con los vestigios de su primera arquitectura, y sea preciso recurrir á la tradicion y á las conjeturas, que le reducen á la época de la conquista por el santo rey D. Fernando III. Su traza es sencilla, pero robusta y amplia; sus ornamentos pocos y de diversos tiempos; y la imagen que en su capilla mayor es venerada, puede contarse entre las mas antiguas y nombradas de España, por lo remata de su origen, por la peculiar escultura que la distingue, y por el crédito universal de que ha gozado sin interrupcion hasta nuestros dias. Los habitantes de la mayor parte de la provincia recurren á esta imagen en todas sus necesidades, y muchos de ellos acuden presurosos á ofrecerle sus homenajes y limosnas en el aniversario de su natividad.

Era, pues, la tarde del siete de setiembre de mil ochocientos y tantos, y todo respiraba alegría, bullicio y contento cerca del Santuario de la *Virgen de la Sierra*. Los penosos recuestos del monte, y las tortuosas sendas que conducen á la ermita venerada veíanse llenas de gentes, que acudían de lejanos pueblos en tropel á la fama de la solemnidad. Los unos marchaban descalzos, seguidos de sus mujeres y sus hijos, rezando devotamente, y precedidos de pobres jumentillos cargados con las ofrendas de su piadoso celo. Los otros subían de rodillas el pendiente camino abierto en la peña viva que ciñe al alto cerro, mientras que los ricos labradores y las aldeanas acomodadas de la campiña cargaban y oprimían los lomos de poderosas mulas, enjazzadas lujosamente de sedas y estambres de colores. Aquí un mozalvete, apuesto y gallardo, bate las hijadas con los herrados carcaños á una ligera y fogosa aljama; al tiempo mismo que una cuadrilla de gitanos graciosos retozones cruza por medio de la concurrencia, tocando menudas esquilas, y repiqueteando con destreza las sonoras castañuelas.

Y si tal variedad ofrecen las cercanías de la áspera sierra, no era menos por eso la sorpresa que experimentaban los mismos viajeros, al llegar al deseado término de su peregrinacion. Tropezaba desde luego su vista con la tienda de campaña de la hermandad, hecha de blanca lona, y terminada por un rojo gallardete con el escudo de la imagen titular. A derecha é izquierda del santuario dos filas de tiendas rústicas y apresuradamente construidas, con sus mostradores y cortinillas vergonzantes, con sus botellas de licores y variadas *mistelas*, con sus dulces y frutas, escitan el apetito del fatigado transeunte, y provocan quizá algun otro deseo menos lícito que el hambre. Los obligados puestos de garbanzos tostados y avellanas, de galletitos de barro y figuritas muy cocas para embaucar á los chicos y sousacar á los grandes tampoco se echan de menos allí, y á su lado campean los almacenes de *estadales*, especie de amuletos del pais, que tocan los devotos al cuerpo de la virgen.

## II.

A medida que el sol se pierde en el horizonte, y las sombras del crepúsculo de la tarde van estendiéndose por la montaña, aumentase el interés con la llegada de nuevos peregrinos, la zambra de los que bailan, los gritos de los vendedores y las acaloradas disputas de muchos, que no hallando espacio conveniente, se ven precisados á sentar sus reales en los huecos de las peñas, y á pasar la noche bajo la bóveda celeste.

La esplanada es estrecha para tantas personas. Los reciénvenidos empujan y molestan á los que se establecieron primero: estos replican á aquellos; las mujeres lloran; los muchachos gritan; las viejas ruegan; los mozos maldicen; los cochetes corren; la guardia acude; los clérigos median; y todo es entonces confusion y trastorno, músicas y danzas, aplausos y silbidos, voces é imprecaciones, votos, juramentos, sobresaltos, mogicones y desgracias. Y en la mitad de este caos se le representa á uno en la memoria la discordia del campo de Agramante, y casi se halla tentado á exclamar como D. Quijote en la venta: «Ténganse todos, todos estvánen; todos se sosieguen; oigámo todos, si todos quieren quedar con vida.» Pero se tranquilizarán mis lectores sobre este punto, cuando sepan que no faltaba en la *romería de la Virgen de la Sierra* quien desempeñe el papel del Rey Sobrano, personificado en la respetable humanidad del alguacil mayor de la próxima villa, que armado de baston jurisdiccional, sosiega las tempestades, y restablece la calma con sola su presencia. Humillada toda esta escena con el inimitable colorido que presentan al observador las fiestas andaluzas; caracterizada con aquella fisonomía peculiar de nuestras provincias meridionales, que hermosca todos los cuadros, y realza todos los paisajes de un modo difícil de comprender, y mas difícil todavía de pintar.

Durante los momentos de confusion que hemos referido, el eco de un tambor que batía marcha, hiere los oídos de los concurrentes, y cuantos ocupaban aquel vasto anfiteatro corrieron á las puertas del templo, para presenciar la entrada de la hermandad.

Abria paso el tamborilero y hasta cincuenta pastores de la poblacion, vestidos de gala, y adornados sus sombreros de lazos y de flores. A ellos seguía el *cuadrillero de bandera*, llamado así por llevar en sus manos aquella insignia de la cofradía, que es un inmenso cuadrado de sedas, bordado y compuesto de mil piezas diferentes, en tamaño, colores y figura. Desde tiempo

inmemorial conservan el derecho de tremolar estependón los ganaderos del país, que se eligen de dos en dos años entre los de su clase; y á este cargo va unido el de jefe subalterno de los mismos, que forman una asociación espontánea, perpetua y tradicional, sin constitución, estatutos, ni reglamento, sostenida solamente por la antigua posesión en que se halla, nunca interrumpida hasta el día. Tras de los pastores iba el *Hermamo mayor*, sugeto distinguido, á quien el obispo de Córdoba nombra por el tiempo de su voluntad, reuniéndose á aquella algunas otras circunstancias. En la época á que nos referimos ocupaba esta plaza un caballero que frisaba en la edad madura; vestía *casaca de oja de tacino*, recamada de oro, y peinaba bucles de *ata de pichon*, con sendos polvos, coleta y lazo negro. Montaba sobre caballo cordovés, y veíase rodeado de los dependientes del santuario, en cuyos pechos lucían las iniciales de la Santa Virgen en el centro de grandes escapolarios de paño oscuro. Varios eclesiásticos, hidalgos, escopeteros y guardas mayores los seguían, y cerraba la marcha una pequeña columna de tropa de línea para mantener el orden en caso necesario.

Oh; ¡Valame Dios! y quién pudiera describir exactamente el júbilo y entusiasmo, el gozo y el contento que se apoderaba de la multitud al ver bajo las bóvedas del templo la insignia de la Virgen, y á todos aquellos que la seguían y acompañaban! Un grito unánime, terrible, universal rodaba por el espacio, y el santuario y sus contornos retumbaban á la vez. Es preciso haber presenciado muchas veces este suceso anual; es preciso haberlo meditado profundamente para formar cabal idea de los sentimientos del pueblo andalúz, y del espíritu romancesco, íntimo y sobremano poético que constituye el carácter de sus naturales.

Aquella iglesia cuajada de luces y perfumada de incienso; aquellos doce ángeles, que se desprendían de los pilares del templo, y sostenían otras tantas lámparas de plata; aquella imagen antiquísima, colocada en andas bajo una pequeña cúpula del mismo precioso metal; y aquel pueblo inmenso que vitoreaba sin cesar, al tiempo mismo que se arrollaba y desarrollaba sucesiva é instantáneamente sobre sus cabezas el orillama sagrado, tenían sin duda algo de sublime y extraordinario que suspendía el ánimo, y embargaba los sentidos. En aquel instante olvidábase la feria y la velada, desaparecía el espíritu festivo y profano, dejando solo lugar á la meditación y al silencio. El resto de la noche tiene que ocuparse según las peculiares aficiones de los concurrentes, acomodadas á la necesidad de velar toda ella, pues no se hallan todavía nuestros santuarios, ni aun tampoco en las ventas y posadas (dado caso de que allí existiesen) en estado de albergar ocho á nueve mil personas que á la tal festividad acuden. Así que, los unos rasgaban desahoradamente sus guitarras, alternando entre el fandango y el bolero que bailaban las mozas del país; los otros escuchaban embebecidos al ciego bardo de la comarca relatar al son de su vihuela un romance del Cid campador ó las hazañas de los doce pares. Quien embullaba tasajo como el puño; y quien contemplaba el curso de los astros cada vez que empinar querían la bota henchida del licor divino. No pocos dormían á pierna suelta al lado de sus rocines y acémilas, y entre el gentío dejábase ver de cuando en cuando la justicia, seguida de un piquete, y levantábase sobre las demás la chillona voz del ministril, gritando. — «¿Quién vá á la ronda de su merced el señor alguacil mayor?» — «Un criado de su merced» — era la única respuesta del paisano interpelado; y descubriábase é inclinábanse todos

ante la levantada persona del representante de la ley y de la jurisdicción señorial.

### III.

La del alba sería, cuando el repique de las campanas, el redoble de los tambores y el alborozado contento de la plebe que seguía á la bandera hubieron de despertar á los dormidos y perezosos, disponiendo á todos á la función solemne que se preparaba. Entre tanto que los capellanes del Santuario, la confesión parroquial y los eclesiásticos particulares celebraban misas, y administraban los sacramentos en el templo, recorrían los *cuadrilleros* todo el espacio destinado para la estación al rededor de la esplanada de la sierra, y organizaban las *cuadrillas* á trechos convenientes. Los naturales de cada pueblo se reunían en el lugar señalado, y allí bajo la protección de una gran cruz de madera, en la cual estaba grabado el nombre de la ciudad ó villa á que pertenecían, esperaban los devotos que llegase la procesion, para conducir por todo aquel tramo la imagen venerada, y entregarla despues á los que representaban otra poblacion, quienes á su vez hacian otro tanto, poniéndola en manos de sus vecinos.

Era por demás pintoresco aquel terreno desigual y peñascoso, que un día antes daba solo abrigo á las víboras y otros réptiles no menos perjudiciales al hombre, ocupado ahora por millares de aldeanos, divididos en grupos diferentes á la inmediacion de aquellas cruces enclavadas en las rocas; y daban no poca materia á la observacion del curioso las diversas aposturas, trages y semblanzas de las personas que los componian casi tan distintas y aun opuestas, con ser de una provincia sola, cual si mediasen entre los unos y los otros muchos y dilatados reinos.

Aquí están los que habitan el *Campo de Priego* con sus vestidos oscuros ribeteados de colores, cerca de sus mujeres y sus hijas, que traen enaguas de *picote* azul y listas blancas y encarnadas; los que beben las dulces aguas de la *Fuente del Rey*; los que viven en la *Almedinilla*, alegres y risueños como la aldea de que proceden. Los de *Caresbuey*, firmes en su propósito y tenaces por extremo, en uvas y en nueces famosos; los de *Castro Leal del Río*, que vienen cubiertos de sendas chaquetas negras y estendidos sombreros, en perfecta conformidad con su mansa y sossegada condicion. En estotro lado vienen los guapos de *Lucena*, con sus patillas gruesas y prominentes, ojos negros y resuelta faz, ceñidos de *cananas*, vestidos de *sajones*, y armados de trabucos; los que pisan la campiña de *Bacna*, ricos en granos y en monumentos de la edad pasada; de elevada estatura, cándida frente, cubiertos sus pechos de solapas azules; los que en *Doña Mencía* moran, de rubios cabellos, membrudos, rehechos, y muy celebrados por el cultivo de la vid; los que asientan sus casas bajo el castillo de *Luque*; los que su ganado apacientan en las sierras de *Zueros*; cuyas esposas calzan abateas, y venden con estima sus nombrados garbanzos, sus almendras dulces, la leche y el queso. Los que sangran por muchas y diversas vías el cristalino Cabra cerca de la torre de *Montarque* y de la *peña del Cid*; los de *Espejo*, que se aproximan á las nubes, y envían á sus consortes, las de las rojas mantillas, por agua al *Borbollon*, de donde suben afanas con un cántaro en la cabeza y dos en los hijares. Los que fabrican el anisado aguardiente en la villa de *Aute*; los que hacen *pleita* en *Benamejil*; los que exprimen dorados racimos en los lagares de *Montilla*; los que se aveciudan en *Aguilar*, y se gozan con su bella plaza y la torre aislada.



Finalmente cuantos toda la campiña cordovesa en sí contiene y encierra, otros tantos en aquella altura estaban, aguardando impacientes la anhelada procesion de su Virgen tutelar. Golpean el suelo con sus bastones los *cuadrilleros*, y los que marchan bajo sus órdenes dan vivas señales de inquietud por la tardanza que jaxgan excesiva. Miráse unos á otros, se preguntan, se informan de nuevo; y en esta sazón oyense los lejanos gritos del pueblo que vitorea; fórmanse en dos alas la muchedumbre, y calma la zozobra, y cesan las dudas y recelos. La bandera arrollada y puesta en el alto, sobre la cual flotan innumerables cintas de muchos matices, se levanta por encima de aquellas estendidas masas. Marcha despues la estatua de S. Fernando con el manto de la orden de Alcántara, butas de montar y corona de papelón, sin respeto á la historia, ni á la cronología; y el *hermano mayor*, los *cuadrilleros*, los *clérigos* y *demandantes* sin orden ni concierto avanzan por donde pueden; porque otra cosa no permite el entusiasmo popular, que agolpa en rededor de la célebre y venerada imagen á la multitud, sin distincion de edades, ni de clases. No se ven allí los que la conducen, ni se distinguen aquellos que, guiados por un piadoso celo, se apiñan y se oprimen cerca de las andas, y pugnan por participar de la sagrada carga. Solo alcanza á diseñarse la cúpula de plata sobre un mar de humanos cuerpos, cuyas oleadas, tan pronto se aproximan, como se apartan del lugar de esta escena, y apenas puede notar el espectador desde las vecinas eminencias que los tullidos, los ciegos y los enfermos van colocados sobre el plano, que forma el trono de la Virgen. Allí es entonces, (y al atravesar la procesion por entre los puestos y las tiendas) el llover de dulces, de frutas y de objetos de toda clase sobre las cabezas del piadoso pueblo. Allí, el gritar de los que aplauden; el clamar de los que son apedreados, y el nada grato arrullo que murmuran los que sufren por acoso en sus narices el fuerte golpe de alguna pera confitado, ó sobre su desnudo craneo la nube y pedrisco de garbanzos y avellanas, almendras y piñones.

Los mozallones del pais separados apenas del gentío, y encaramados en lo alto de los picachos de la sierra, disparan á su sahor repetidos trabucazos, y no cesan las descargas hasta que la procesion entra en la iglesia. Pocos pasos antes de tocar sus puertas, y al dominar desde la punta del cerro el estendido valle y la campiña hermosa y dilatada, vuelven los conductores á la imagen hacia aquel horizonte, iluminado por los rayos de un sol purísimo y diáfano, rogando á su madre y patrona que bendiga para el discurso del año sus siembras y sus plantíos, sus rústicas chozas y su pobre hogar. Durante aquel breve espacio sube de punto el triste clamoreo y las ardientes plegarias; golpéase con mayor fuerza el parche de los tambores; crecen los ayes y las súplicas; prolongase el estruendo de los tiros y el tañido de las campanas; y no tiene fin esta confusa mezcla de sonidos diferentes, ni logra apaciguarse tal estrépito y rumor, sino cuando el objeto de estos cultos, la imagen celebrada, ocupa de nuevo el crucero del templo, y se asienta otra vez sobre el altar.

Poco á poco va desocupándose la iglesia, y despues de visitar cada familia la gruta misteriosa, en donde la tradicion afirma que estuvo oculta la Virgen en tiempo de la dominacion sarracena, se despiden los unos de los otros; se citan para el año venidero, y entonando alegres cantares, ó recordando placenteros cuantos pormenores quedaron grabados en su memoria de la reciente velada, tornan á sus cortijos y aldeas, á sus villas y ciudades, cargados de

estampas y de *estadales*, con el firme y decidido propósito de encontrarse allí otra, cuando vuelva el *och<sup>o</sup> de setiembre*.

Tal es en compendio, aunque descrita con grosera y mal deliñada pluma, la historia de una de las romerías anuales que suelen frecuentar las habitantes del renombreado reino cordobés, cuna de muchos heroes; manantial fecundo de gloriosas hazañas; depósito y guarda fiel de antiguos usos y sencillas costumbres populares.

JUAN ANTONIO DE LA CORTE Y RUANO.

*En medio de la plaga de malas traducciones de novelas exóticas é indigestas, que parece haberse apoderado de todos nuestros periódicos, nos congratulamos de poder ofrecer hoy á nuestros lectores una original é interesante obra de un jóven de mérito, que demuestra bien no carecer de las cualidades necesarias para cultivar entre nosotros este ramo descuidado de la literatura. Siguiendo nosotros el espíritu de españolismo que ha presidido siempre á nuestro SEMANARIO, desde luego nos apresuraremos á ofrecer nuestro sincero apoyo á los autores originales que vuelvan de este modo por el abolido nombre de la literatura nacional, desterrada casi de todo de los libros, de los periódicos, del teatro, á impulsos del mezquino interés, de la pereza y de la medianía.*

## EL ESPAÑOL Y LA VENECIANA.

NOVELA ORIGINAL.

I.

UN BAILE DE MASCARAS.

NUMEROSA concurrencia llenaba una noche de carnaval el espacioso y brillante salon de Villa-hermosa, de que todos los años toma posesion la juventud madrileña, tan aficionada á semejantes espectáculos. Aun no habia comenzado el baile, ni dejádose de oír por consiguiente la bulliciosa armonía de la orquesta, y ya los amigos de la danza buscaban sus respectivas compañeras entre las lindas máscaras, que henchidas de placer, esperaban la invitacion de los elegantes jóvenes con quienes habian de participar de las emociones del baile.

Cruzábase entre tanto los chistes; crecia la broma; se aumentaba la algazara, y hubiera sido grato para el espectador indiferente observar aquellas escenas de tumultuosa alegría, en medio de una sala espléndidamente decorada con tantas flores, tan colosales espejos, tantas colgaduras y tan brillantes arañas, que realizaban mas y mas las gracias de las hermosas, sus vistosos y variados trajes, sus riquísimos adornos, y el lujo y la elegancia de los apuestos caballeros, con sus bellos traheres, sus bien cortados vestidos, la gallardia de sus formas y la finura de sus modales.

Al cabo de un rato se oyeron los instrumentos, comenzando á poco el baile esperado con afán por los alegres preñes. Lanzados con rapidéz los impacientes jóvenes, no fue posible al principio conocer los que sobresalian en ese voluptuoso arte que cada día pierde alguno de sus hechizos, convirtiéndose de ligero y esbelto en grave y pesado, y de fantástico y caprichoso en monotonó y aburrido. Mas cuando, pasado un instante, se hizo el baile mas lento, sucediendo á la primera impetuosidad el concierto necesario, vióse que entre todos los danzantes solo eran merecedores de este título dos

que se distinguían por su superioridad artística, la perfección de sus formas y la armonía de sus graciosos y ligeros movimientos.

Uno de ellos como de veinte y cuatro años y magníficamente ataviado, revelaba en todas sus maneras el desenfado de un hombre atrevido y el desdoro de un calavera, cualidades que un mediano observador hubiese conocido desde luego en su mirar, osado é insolente, en su aire desenvuelto, y en la maliciosa sonrisa que vagaba por sus labios cada vez que fijaba la vista en las personas que le rodeaban. Por lo demás, su rostro notablemente hermoso, su magestuosa frente, sus largos y bien peinados cabellos cayendo sobre los hombros, sus negros y rasgados ojos y su cuerpo ágil y gentil, le hacían sumamente interesante, no siendo de extrañar por tanto que con tales bellezas, y bailando con soltura y gallardía, llamase la general atención en el salón de Villa-hermosa.

Su compañera, vestida de dominó azul, solo dejaba ver un blanco y torneado cuello, un cuerpo esbelto y flexible, manos más bellas que el usar, hermosos cabellos rubios, y á través de la revuelta falda unos lindísimos y menudos pies. Velados sus demas hechizos bajo el importuno ropaje, y oculto su rostro con la no menos importuna careta, en vano se afanaban los curiosos por adivinar sus formas y entrever sus ojos, puros sin duda como el azul de los cielos.

Sútil y ligera como el aire, giraba la linda pareja en derredor de sus inmensos admiradores, resbalando sobre las mullidas alfombras, que apenas tocaban sus plantas, y al ver la variedad y rapidez de sus movimientos, la soltura de sus miembros, la bizarría de sus posturas, y la gracia de todos sus ademanes, rompieron los espectadores en estrepitosos aplausos, que resonando en el estenso salón, dominaron por algún tiempo la voz de la orquesta y el bullicio y algazara de las alegres máscaras.

Terminado el baile, cercaron á la arrebatadora pareja algunas personas, ansiosas de contemplarla de más cerca, y de admirar sus hechizos, como antes habían admirado su apostura y gallardía. Pero los dos jóvenes se asieron del brazo, y esquivando la atención de que eran objeto, seguidos de otra máscara de dominó azul, abrieron paso entre la agolpada muchedumbre, confundiéndose con los grupos que se dirigían á la sala del ambigü.

La casualidad, ó por mejor decir, su buena estrella lleválos hacia un sitio donde en el momento de entrar en el salón quedaba por fortuna desocupada una mesa. Allí tomaron asiento los dos jóvenes, y la otra máscara azul, que parecía seguir á su compañera como la sombra al cuerpo. Durante diez minutos reinó entre ellos el más completo silencio, mas cumplido al fin el desenfado caballero, diciendo en tono de profunda ironía:

«Creo, máscara, que solo el deseo de hablar la curiosidad que escitabas en el salón de baile te habrá obligado á seguirme á este.

«Crece otra casa, respondió la joven con dulcísimo acento estrangero, revelaría una gran dosis de amor propio.

«Y como yo no le tengo, repuso el caballero, he supuesto, merced á mi larga experiencia, que una joven como tú no va tras el primer hombre que se le presenta, á no ser que las circunstancias la obliguen á buscar en él un protector. Si es esto lo que anhelas, puedes decirme tus cuñitas, que estoy dispuesto á remediar. Necesitas obsequio? quieres una epístola cena?

«Me figuré no serías de los atrevidos y presuntuos

os jóvenes, cuyas necias palabras han turbado esta noche mis oídos, mas veo que me he equivocado, y lo siento, porque es triste hallar entre las flores un venenoso reptil, y un alma depravada en un cuerpo hermoso.

«También yo, al escuchar tu voz pura como la de un ángel, te hubiera juzgado bajo aspecto más favorable, sin esa maldita experiencia que me ha presentado el mundo en toda su desaunder. Pero á qué viene el estar con el rostro cubierto? acaso no corresponde tu hermosura á la armonía de tu celestial acento? Hazme el gusto de quitarte la careta, y de decir que haga lo mismo á ese pedazo de mármol que traes por compañera: es regular que el aire libre la vuelva el habla, que debe haber perdido sofocada con el tafetan.»

Y al acabar estas palabras dió un golpe en la mesa, llamando á los mozos del ambigü. Cuando se presentó uno de ellos, la silenciosa máscara hizo á la otra un signo de inteligencia, y ambas se pusieron en pie, sin que fuesen bastantes á detenerlas las repetidas instancias del joven, que unas veces desdeñoso y otras apasionado, ya ágil en sus maneras, ya respetuoso y humilde, las invitaba á que permaneciesen á su lado.

Media hora después vagaba el gallardo joven por la sala del baile, llevando grabado en su frente profunda despecho, y revelando suma inquietud y desasosiego.

## II.

## EL CALAYERA.

Terminada en 1814 la sangrienta lucha que inundó de sangre española y francesa los campos de la península, obtuvo licencia temporal un coronel de artillería que de alférez llegó á alcanzar aquel grado; merced á su denodado valor, de que dió bastantes pruebas durante cinco años que militó bajo de las banderas de la independencia. Ausente todo ese tiempo de su familia, anhelaba volverla á ver, y ardía en deseos de tornar á ver su patria, donde esperaba vivir ocho meses descansando de las fatigas y penalidades de la guerra. Así es que salió en posta de Madrid, llegando en dos días y medio á Sevilla, donde moraba su anciano y virtuoso padre, cuidado por un hijo más joven que el bizarro coronel.

Recibido por ellos con júbilo, amado de todos sus parientes, y apreciado de sus numerosos amigos, dos meses bastaron á curar sus mal cerradas heridas, llevando á su seno aquel apacible clima la paz que había perdido desde que se lanzó á esa vida de estrépito y bullicio, y fue á buscar gloria y ascensos á los campos de batalla.

Aun no habían transcurrido cinco meses desde su llegada á la capital de Andalucía, cuando olvidando la carrera militar, depuso su espada y sus laureles á los pies de una hermosa, que acogió su amor con ternura, entregándole un corazón, virgen aun, y su mano nunca estrechada por la de otro alguno.

Cinco años vivieron los dos esposos en la más completa tranquilidad, mas al cabo de ellos despertose de repente en el alma del coronel el recuerdo de sus pasadas glorias, y suspiró por la vida de los campamentos y el ruido de las armas. Al principio luchó con este deseo; pero como no pudiese dominarlo, y se le presentase cada día más viva y ferviente la imagen del servicio, abandonó á Sevilla, sin que hubiesen ablandado su corazón, tan duro como el bronce de sus cañones, ni las lágrimas de su virtuosa y desconsolada mujer, ni las caricias de un hijo bello como un ángel, ni las blandas reconvenções de su anciano padre, ni las cariñosas súplicas de su hermano.



Inmenso fue el dolor en que dejó sumida á la tierra Margarita de Luseyana el abandono del conde Don Joaquín de Laynez. Durante los seis primeros meses que siguieron á tan amarga separacion, recibió con frecuencia cartas llenas de protestas de amor, mas poco á poco fue haciéndose su correspondencia mas tardía, hasta que al fin dejó de recibir cartas suyas Margarita, que no pudo resistir ese cruel olvido, y murió en el abril de la vida, como flor tronchada por el huracán.

Un tío suyo, poseedor de cuantiosas riquezas, acogió en su seno al inocente huérfano, que á la sazón contaba cinco años. Soltero, sin tener una persona que le prodigase amor y ternura, y habiendo alcanzado esa edad en que el hombre aislado tiende la vista en su derrador, y llora por primera vez la soledad que le acerca, recibió con placer al pobre niño, víctima del infortunio, pudiendo decirse con verdad, por mas amargura que esto cause, que si el cariño y la piedad lo indujeron á prohiarlo, tuvo en su resolución no pequeña parte el egoismo que influye hasta en las mas bellas acciones.

A los diez años encantaba Luis de Laynez á cuantos le trataban por su anticipada instruccion, su sano juicio y la firmeza de su carácter. A estas cualidades, que podemos llamar buenas, unia otras que no lo eran por cierto, pues eso de romper las cabezas á sus compañeros de escuela por un quitame allá esas pajas, de arañar á las criadas que le reprendian sus travesuras, de ahorcar los gatos en los huecos de los balcones, y otras cosas por el estilo, no encerraban mucha bondad, aunque el viejo las achacase á sus pocos años, y fuesen celebradas por un criado de mala indole, amigo de semejantes bromas.

A los diez y seis años bailaba Luis como un saltarín de teatro, montaba con notable gallardia un brioso alazan, jugaba al florete, tiraba la pistola, bebía y charlaba en los cafés, rondaba á las doncellas, daba de maticos á todo bicho viviente que se opusiese á sus devaneos, y era en fin un verdadero calavera, con todas las gracia de la juventud y los adornos de la belleza.

En vano el tío de su madre, hombre sesado y pacífico, lo amonestaba continuamente. A medida que entraba en años, crecian los dispendios del aturdido mozo, y sus reyertas y aventuras, dando rienda suelta á sus pasiones, satisfaciendo todos sus vicios, y entregándose ciegamente á esa vida de dissipacion que tantos atractivos le presentaba. Cada dia tenia nuevos amores, cada momento mudaba de vestidos, cada tarde de caballo; y era tal y tan grande su volubilidad, que corría desalado en pos de cualquier objeto, y apenas le alcanzaba, perdía para él todo el valor que antes le habia dado, arrojándolo lejos de si con desden ó indiferencia.

Tal era el jóven, que en 1859 encontró el lector en el brillante salon de Villa-hermosa, bailando con una máscara de dominó azul, al son de los bravos y repetidos aplausos que le prodigaba la entusiasmada multitud. Obligado á salir de Sevilla por haber dado una estocada en el pecho á un marido celoso, que cometió la tontería de disputar el cariño de su mujer por medio de las armas, partió para Madrid, como teatro mas noble en que poder lucir las gracias de su persona, y campó mas vasto donde se entregase de lleno á su vida aventurera, y á las peligrosas hazañas que le arrojan de las orillas del Guadalquivir.

De seguro no le engañó la esperanza, porque apenas puso los pies en la corte, le recibió la fortuna con los brazos abiertos, y sentándole sobre su rueda, le lanzó en el torbellino de las sociedades, prodigándole amores, risueñas aventuras, lances atrevidos, ruidosas pendencias, y cuanto pudiera llevar solaz y contentamiento á su levantado corazon, y á su turbulento espíritu. Tertulias, paseos, bailes, cafés, toros, casas de juego y de bebida, todo lo frecuentaba el incansable mozo; de todo sacaba partido, y en todas partes hallaba materia para sus numerosas calaveradas y dispendiosas locuras.

Pero el carnaval era su época favorita, porque á favor de la careta, daba al traste con el poco pudor que le quedaba, y lo mismo brindaba su amor de un dia á la casada que á la viuda, á la jóven honesta que á la mundana, y á la niña de catorce años, que á la vieja de cincuenta. Su belleza, su aire resuelto, su galantería, y mas que todo, el dinero de su tío que derramaba á manos llenas, le sirvieron de mucho en este mercado en que todo se vende, y donde el decoro y el pundonor andan avergonzados, sin atreverse á mostrar sus galas á la luz del sol, que por desgracia solo alambra escenas de corrupcion, lanzando sus puros rayos sobre las torres de una nueva Sodoma.

He aquí por qué extrañó Luis de Laynez los desvíos de la dama azul, retirándose del baile pensativo, despues de haber buscado inútilmente á su desconocida en todos los salones de Villa-hermosa. (Se continuará.)

JOSE MANUEL TENORIO.

—————

#### DOM Y SUPLICA.

Este que yo coji de un Fresno hermoso  
blando nido de un tierno jilguerillo,  
mudo testigo del amor sencillo  
del cantor de estas selvas armonioso;

Hoy mi afecto sincero y cariñoso  
pone en tus manos, Fili, y sin sentillo  
dulce tributo al triste pajarillo  
pago bañado en llanto delicioso.

Luchó el amor con la piedad mas viva  
al verle yo á coger; mas pudo menos  
esta, y venció el rapaz por ser osado;

Haz, Fili, que en tu mano compasiva,  
los frutos del amor gocen serenos  
el regalo y quietud del nido amado.

H. V.

